

Vida de Lucian Holzer

Apuntes sobre la primera novela de Erik Del Bufalo

Reseña de Alejandro Sebastiani Verlezza

Polifemo. Caracas: Eclepsidra. DEL BUFALO, Erik. (2019).
alejandrosebastiani@gmail.com

El hombre moderno tiene mil y un caras. Una de ellas tiene que ver con el desasosiego. Cuando las acciones, los sentimientos y los pensamientos no logran caminar acompasados, rítmicamente, reina la escisión, el extravío. Y entonces, ese hombre moderno—absolutamente moderno— bien puede llamarse Lucian Holzer, como el protagonista de la novela *Polifemo* de Erik Del Bufalo (Eclepsidra, Caracas, 2019). Él comienza a fabricar los fantasmas que terminarán sitiándolo. Con un yunque martilla una y otra vez la superficie de su consciencia, hasta que los monstruos de la razón comienzan a materializarse. Sus fantasmas cobran cuerpo. O mejor aún: entran en el cuerpo del héroe, hasta opacarlo. Se levanta ante su mirada una pátina desesperada. Éste es uno de los dramas que azota a Holzer.

Asediado por los engendros que ha fabricado con insólita precisión, sus visiones suelen ser oceánicas, lúgubres, mórbidas. Sin retorno aparente, entrevé la claridad, pero no la alcanza. Hay algo fallido en su carácter y aquí aparece la médula de su condición novelesca. Holzer solía frecuentar un *libro verde* que pudo haberlo puesto en otras vías, sugeridas en la obra muy por debajo. Para colmo de males, ama a una mujer, pero no con nitidez. Tras varios amagos (el *ritornelo*: «¿acepta usted, acepta usted»), se casa. Pero cuando *toca* a la amada, no puede evitar sentir *también* al amor del pasado: ambas presencias se superponen, hasta convertirse —larga agonía anímica— en una misma mujer, pero con dos rostros. Aquí, más allá de su inclinación cavilosa, comienza el extravío más grande de Holzer.

Vale ahora recordar un ensayo de Anne Carson: *Eros* (1986). La autora canadiense vuelve sobre estos versos de Safo: «No sé qué debo hacer: mi mente está dividida...». Y agrega: «Los personajes de las novelas se regocijan en esos momentos de esquizofrenia emocional, cuando la personalidad se parte en dos facciones en pugna. Los novelistas expanden estos momentos en soliloquios del alma a gran escala, de modo que un personaje puede debatir su dilema erótico consigo mismo, habitualmente con lujo de detalle y sin ningún propósito». Esta *ausencia* señalada por Carson tiene mucho que ver con Holzer. Para desarrollar estas atmósferas de la consciencia nada mejor que la novela, el género digresivo –acaso proteico– por excelencia, al menos desde Cervantes y Diderot, como ya lo ha dicho Milan Kundera. Así estas veredas de la escritura se adecúan al temperamento muy filosófico del autor.

Polifemo está lleno de tratados, opúsculos, ensayos y «confesiones» del personaje y sus rumbos sinuosos, marcados por pasajes de genuina prosa poética. El tono de esta obra puede tener un parentesco en Venezuela con el Oscar Marcano de *Cuartel de invierno* (1994), el Julián Márquez de *Sinfonía de caracoles* (2006) y las novelas de Victoria de Stefano. Esta línea, a su vez, se engarza con otra, la que va desde *El hombre sin atributos* (1930), de Musil, hasta los autores europeos que hacen de la novela un asunto narrativo y meditativo. En esa estela, además de Kundera, por ejemplo, está Antoin Roquentin, personaje de Sartre que decía que él mismo era *la náusea*, pero luego se apaciguaba con un trago, mientras oía un *spiritual* en el bar.

¿Qué puede serenar realmente a Holzer? Parece que muy poco. En un momento de lucidez declara que entre el ser y la nada, prefiere volverse nadie. Y si es «nadie» le toca vérselas con Polifemo, el hijo de Poseidón. El paréntesis homérico de la novela retrata bien la condición de Holzer: el naufragio («era menos que un madero a la deriva», llega a decir). Este «nadie», varado entre Escila y Caribdis, ha tenido que vérselas con varias tempestades, necesita una estratagema para vadear una peligrosa ciudad llena de fantasmas, tal vez la muy oscura Caracas, más cercana al mundo de Poe que al de Homero. Estos ecos aparecen en *Polifemo*. El *basso continuo* de la novela está en las

incesantes manadas de ratas que traen una epidemia inminente y amenazan con socavar las estructuras de la ciudad y la consciencia atormentada –pero elocuente– de Holzer. El poeta Santos López habla en *Canto de luz negra* de «ratas neuróticas».

Quizás, éste sea el estado anímico que más tenga que ver con Holzer: no puede hacer otra cosa sino *crear* pensamientos que lo roen. El movimiento es así: un merodear en los laberintos de sí mismo hasta el paroxismo, acaso la enajenación. Y parece que cada uno de los personajes que se van asomando en *Polifemo* tiene su propia novela. Podría su autor tener guardadas otras prosas donde despeje las incógnitas de una novela que no se puede despachar en una sola lectura. Aunque depende del tiempo y sus curiosos malabarismos, no es exagerado afirmar que está en vías de convertirse en una obra de culto, sintonizada con el momento actual en más de un sentido (después de todo es la historia de una crisis). Tratándose del tono novelesco, el autor sabe eludir la tentación biográfica –los calcos históricos, los panfletos– para buscar la metáfora, la imagen, el símbolo y dar cuenta de un paso, finalmente, por una tierra baldía. Un verso de Dante, al final del canto IV del *Infierno*, puede dar la atmósfera: «Llegué al lugar en el que la luz no había». Pero en esta comedia –aquí el detalle–, Holzer anda solo y como puede saborea su extraño drama. Al final, en un homenaje a Kafka y a Fritz Lang, Holzer se encamina hacia un tribunal. Parece aceptar con gusto este destino. Él sabe que el proceso es él mismo –juez y acusado– ante el umbral de lo desconocido.

Caracas, 2022.